

Artículo de reflexión

Cómo citar: Eguiarte, E. (2021). Relectura de la teología del corazón de san Agustín en la doctrina de san Juan Eudes. *Polisemia*, 17 (32), 70-86. <http://doi.org/10.26620/uniminuto.polisemia.17.32.2021.70-86>

ISSN: 1900-4648

eISSN: 2590-8189

Editorial: Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

Recibido: 17 de septiembre 2021

Aceptado: 15 de octubre 2021

Publicado: 29 de octubre 2021

Enrique Alejandro Eguiarte

Relectura de la teología del corazón de san Agustín en la doctrina de san Juan Eudes

Rereading the theology of the heart of St Augustine in the doctrine of St John Eudes

Releitura da teologia do coração de Santo Agostinho na doutrina de João Eudes

Resumen

El artículo aborda en primer lugar las principales líneas de la teología del corazón según el pensamiento de san Agustín, para posteriormente presentar las citas explícitas de san Agustín en la obra de san Juan Eudes, exponiendo las circunstancias y el significado de las obras de san Agustín, destacando la relación con la obra de san Juan Eudes y su particular teología del corazón. Se destaca de manera particular el influjo de las *Confesiones* de san Agustín en el pensamiento de san Juan Eudes, así como la presencia en la obra de san Juan Eudes de una cita apócrifa de san Agustín. Finalmente se ofrecen algunas conclusiones.

Palabras clave: San Juan Eudes, San Agustín, teología del corazón, las Confesiones, Corazón de Jesús.

Abstract

The article discusses the main ideas of the Theology of the Heart for Saint Augustine. Afterwards it presents the explicit quotes of Saint Augustine within the Work of Saint John Eudes, explaining the meaning and the circumstances of Saint Augustine's quotations, highlighting the relationship

Enrique Alejandro Eguiarte

España

Institutum Patristicum
Augustinianum de Roma.

Correo electrónico:
enrique.eguiarte@gmail.com



between the latter and the Work of Saint John Eudes. It presents also within the Work of Saint Joh Eudes an apocryphal quotation of St. Augustine. Finally some conclusions are presented.

Keywords: Saint John Eudes, Saint Augustine, Theology of the Heart, The Confessions, The Heart of Jesus.

Resumo

O artigo aborda em primeiro lugar as principais linhas da teologia do coração segundo o pensamento de Santo Agostinho, para posteriormente apresentar as citações explícitas de Santo Agostinho dentro da obra de São João Eudes, expondo as circunstâncias e o significado das obras de Santo Agostinho, destacando a relação com a obra de São João Eudes e a sua particular teologia do coração. Destaca-se de modo particular a influência das Confissões de Santo Agostinho no pensamento de São João Eudes, assim como a presença na obra de São João Eudes de um encontro apócrifa de Santo Agostinho. Finalmente, são apresentadas conclusões.

Palavras-chave: San Juan Eudes, San Agustín, teología del corazón, las Confesiones, Corazón de Jesús.



Introducción

Los artistas de todos los tiempos han representado a san Agustín con un corazón en la mano. Esto no es solo un invento, un capricho artístico o una abstracción de la teología de san Agustín, sino que el mismo Doctor de Hipona afirma en las *Confesiones* que su corazón había sido traspasado por la flecha del amor de Dios y este había ardido en llamas de amor por el Señor¹. En otro texto de las *Confesiones*, el mismo san Agustín comenta que la flecha de la palabra divina había traspasado su corazón y lo había encendido en el amor de Dios². De hecho, toda la teología y la espiritualidad de san Agustín podría ser resumida como una teología del corazón, ya que el amor es la esencia de su pensamiento, y el ser humano entrando en la dinámica de la caridad divina, no solo puede vivir plenamente su vida, sino que puede también ser transformado por el mismo amor y alcanzar la salvación.

En este artículo, que no será sino un resumen de mis investigaciones sobre la relectura de la teología del corazón de san Agustín en la doctrina de san Juan Eudes, quisiera proponer, en primer lugar, los diversos puntos de la interesante relectura de la teología agustiniana del corazón desde el pensamiento y los escritos de san Juan Eudes. Propondré al final algunas conclusiones.

Relectura de la teología del corazón en san Juan Eudes

Las citas de san Agustín

En primer lugar, es preciso considerar las citas explícitas de san Agustín en la obra de san Juan Eudes que corresponde tomo VIII de sus obras completas. En ella se menciona seis veces explícitamente a san Agustín. De estas seis citas, una se repite, como veremos a continuación, y una cita forma parte de una obra apócrifa agustiniana: el *Sermón 4 de Difuntos*, que la tradición medieval atribuyó a san Agustín. Las obras de san Juan Eudes son un interesante testimonio de cómo esta obra circulaba todavía en el siglo XVII, antes de la edición definitiva de los Maurinos, como una obra auténtica de san Agustín³.

1 "Sagittaveras tu cor nostrum caritate tua, et gestabamus verba tua transfixa visceribus et exempla servorum tuorum, quos de nigris lucidos et de mortuis vivos feceras, congesta in sinum cogitationis nostrae urebant et absumebant gravem torporem, ne in ima vergeremus, et accendebant nos valide" (*Confesiones* 9,3. CCL 27, 134/14-18).

2 "Non dubia, sed certa conscientia, Domine, amo te. Percussisti cor meum verbo tuo, et amavi te. Sed et caelum et terra et omnia, quae in eis sunt, ecce undique mihi dicunt, ut te amem, nec cessant dicere omnibus, ut sint inexcusabiles" (*Confesiones* 10,8. CCL 27, 158/1-4).

3 "This appreciation of Augustine's person and work has continued unabated for the last 1600 years. When in around 1450, Gutenberg invented the art of printing, he edited first of all the Bible. But here, too, Augustine yielded the first place only to Scripture. The first patristic work ever printed (Mainz, 1462) was *De vita christiana*, thought at the time to have been written by Augustine, followed by an excerpt of *De doctrina christiana* a year later. Only then did Cicero's *De officiis* and *De oratore* and the works of Lactantius, 'the Christian Cicero', appear in print. After that, it was again the turn of one of Augustine's most famous and influential works, the *City of God* (Subiaco, 1467)" (Drobner, 2002, p. 17); véase también Drobner (2015).



No obstante, cabe señalar que las veces en las que aparece san Agustín en la obra de san Juan Eudes no son seis, sino en realidad nueve, ya que dos de las jaculatorias usadas en la segunda sección de las meditaciones son pensamientos de san Agustín, y en el capítulo X del libro XII, san Juan Eudes cita un texto de Isaías según la antigua versión de los LXX, texto que es muy clásico de la obra agustiniana, por lo que creemos que es una alusión más a san Agustín, como demostraremos a continuación.

Finalmente, cabe señalar que ocho de estas nueve citas fueron tomadas de las *Confesiones* de san Agustín. Por consiguiente, podemos afirmar, de entrada, el hecho de que san Juan Eudes conocía y había leído con mucha atención esta obra de san Agustín, y que la fuente primaria de su conocimiento de la teología agustiniana del corazón es precisamente su obra más conocida, es decir las *Confesiones*. Con ello, podemos agregar, en primer lugar, el nombre de san Juan Eudes a la larga lista de santos, pensadores y teólogos que se han visto influidos por las *Confesiones* de san Agustín, entre los cuales podemos incluir a Petrarca, santa Teresa de Jesús, Pascal, Husserl, Heidegger y muchos otros.

Interior intimo meo

Pero vayamos ya a las citas explícitas de san Agustín. En el capítulo II del libro *Del Divino Corazón de Jesús*, san Juan Eudes dice: “como este amor llena todas las cosas por su inmensidad, está en nosotros y en nuestro corazón: *Intimo meo intimior* [más adentro de mi propia intimidad], dice san Agustín” (OC VIII, p. 211)⁴.

Se trata de una cita del libro III de las *Confesiones*, aunque no es referida de manera exacta, sino con algunos cambios, ya que la cita agustiniana es: “*Tu autem eras interior intimo meo et superior summo meo* [más interior que lo más íntimo mío y más alto que lo más elevado de mi ser]” (*Confesiones* 3,11; véase Kenney, 2005, p. 187). San Agustín emplea esta frase en el libro III de las *Confesiones*, donde narra su llegada a Cartago y cómo se dejó arrastrar por los placeres del mundo y sus vicios. De hecho, en este libro, la metáfora del fuego es con la que implícitamente comienza el libro⁵, y que sirve como hipotexto para designar a los amores mundanos, que, a diferencia del amor de Dios —que eleva y purifica—, destruyen y ensucian al ser humano.

4 Se emplea en este texto la sigla OC para referirse a la edición francesa de las obras completas de san Juan Eudes, *Oeuvres Complètes du Vénérable Jean Eudes*, publicada entre 1905 y 1911. En cada cita se anota entre paréntesis la abreviatura seguida del tomo y el rango de páginas correspondientes.

5 San Agustín juega desde la apertura del libro tercero con las palabras *Carthago* y *sartago*. La palabra latina *sartago* significa ‘sartén’. Cartago era, pues, una “sartén” de amores prohibidos donde san Agustín ardió en el amor malo de este mundo. De hecho, el poeta T. S. Eliot, en una de sus obras más conocidas, *The Waste Land*, incluye un retrato poético de san Agustín a su llegada a Cartago. El poeta solo puede resaltar el fuego de los amores mundanos que consumieron en esos momentos a san Agustín. Por eso, escribe el poeta asumiendo la voz de san Agustín: “To Carthage then I came / burning, burning, burning / O Lord Thou pluckest me out / O Lord Thou pluckest/ burning”. (Eliot, 2001, p. 12).



El párrafo en donde se encuentra la cita anteriormente mencionada, san Agustín se hace una pregunta cuya respuesta es precisamente la frase citada. La pregunta agustiniana es: “*Ubi ergo mihi tunc eras et quam longe?* [¿Dónde estabas entonces para mí?]” (*Confesiones* 3,11. CCL 27, 32/44). San Agustín buscaba a Dios en el exterior, pues explícitamente se compara a sí mismo en este párrafo con el hijo pródigo (Lc 15,11-32), que ha huído lejos de la casa del Padre, que se alimenta de bellotas y que busca a Dios entre los elementos materiales y exteriores. Por esta razón, san Agustín no encontraba a Dios, aunque Dios no estaba lejos de él mismo, ya que Dios no estaba en las cosas exteriores, sino en lo más profundo del interior de su propio ser, en la intimidad más recóndita de su propio corazón. En consecuencia, podemos decir que, a la pregunta planteada por san Agustín en este párrafo, que es una pregunta que muchas personas se hacen hoy (¿Dónde está Dios?), san Agustín y san Juan Eudes exclaman: Dios está “*interior intimo meo et superior summo meo* [dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío, y más alto que lo más elevado de mi ser]” (*Confesiones* 3,11. CCL 27, 33/57-58). Por tanto, podemos afirmar que san Juan Eudes y san Agustín nos invitarían a no ir fuera, a evitar la dispersión, a regresar al interior, al propio corazón.

¡Regresen al corazón!

En esta invitación es donde se encuentra una segunda referencia implícita a san Agustín. En el capítulo X del libro *Del Divino Corazón de Jesús*, san Juan Eudes hace referencia a una cita del profeta Isaías (Is 46,8), pero según la versión de los LXX. Como es muy poco probable que san Juan Eudes usara la Biblia de los LXX en algunas de las traducciones latinas antiguas, tenemos que decir que nos encontramos frente a otra cita, en este caso implícita, de san Agustín, quien en el libro IV de las *Confesiones* usa esta cita de Isaías, según la versión latina que él leía, que era un texto que traducía de manera casi literal el texto griego de los LXX (Caruso, 2021), para invitar a regresar al propio corazón. De este modo, san Juan Eudes dice en el capítulo X del libro *Del Divino Corazón de Jesús*, que son las santas llagas del cuerpo y del Corazón de Jesús las que como bocas invitan al pecador a regresar al corazón, tanto al propio corazón —como movimiento de conversión y arrepentimiento—, como hacia el Corazón de Jesús, como movimiento de santificación y de amor. Así lo señala Juan Eudes:

Oh, Dios mío, no permitas que seamos de este número, sino concédenos la gracia de abrir los oídos a la voz de las sagradas llagas de tu Cuerpo y de tu Corazón, que son otras tantas bocas por las que clamas sin cesar: *Redite, praevaricatores ad cor* (Isa. XLVI, 8): “Vuelvan, pecadores, vuelvan a su corazón”, es decir, a mi Corazón, que es todo suyo, pues se los he dado todo. Regresen al benignísimo Corazón de su Padre, lleno de amor y misericordia para ustedes. (OC VIII, p. 261)

San Agustín, por su parte, en el libro IV de las *Confesiones*, como una invitación a la conversión, cita el texto de Isaías (46,8), donde el regreso al corazón es un movimiento espiritual fundamental, ya que se regresa al corazón para descubrir a Dios presente en el propio interior (Lescrauwaet, 2004),



y dejarse confrontar por la presencia e inhabitación divina, apelando sobre todo a los sentimientos y afectos más profundos, más que a las ideas o pensamientos, como señalará el mismo Doctor de Hipona en el tratado XVIII sobre el Evangelio según san Juan (*Iohannis euangelium tractatus*, 18,10), donde cita de nuevo el texto de Isaías. Así pues, en las *Confesiones*, san Agustín afirma:

Porque no las hizo y se fue, antes de él proceden y en él están. Pero he aquí que él está donde se gusta la verdad: en lo más íntimo del corazón; pero el corazón se ha alejado de él. *Volved, pues, prevaricadores, al corazón* y adheríos a él, que es vuestro Hacedor. Estad con él, y permaneceréis estables; descansad en él, y estaréis tranquilos. ¿Adónde vais por ásperos caminos, adónde vais? El bien que amáis, de él proviene, mas sólo en cuanto a él se refiere es bueno y dulce. (*Confesiones* 4,18. CCL 27, 49/6-11)

En las *Confesiones* la cita se inserta en el libro IV, después del relato dramático de la muerte del amigo anónimo tan querido para san Agustín (*Confesiones* 4,7-8), y donde el mismo hiponense experimenta la fragilidad de los afectos y de las relaciones humanas. La muerte del amigo lleva a san Agustín a buscar una realidad que permanezca para siempre, y en la que se pueda hallar siempre aquello que se ama. Y esta persona solo es Dios. Por ello, san Agustín, en el párrafo donde se menciona la cita del profeta Isaías, subraya la contingencia y fugacidad de todas las cosas, y cómo es preciso amar a Dios, no amar las cosas exteriores, sino regresar al propio corazón dejando la mundanidad y el pecado, para experimentar la dulzura del amor de Dios y la seguridad de estar aferrado a una realidad eterna.

Por consiguiente, podríamos afirmar que tanto san Juan Eudes como san Agustín nos invitan a regresar al corazón. No obstante, san Juan Eudes manifiesta, de manera explícita, lo que san Agustín solo apunta de manera implícita en su propia frase de las *Confesiones*, ya que el regreso al propio corazón no solo es un movimiento intimista y espiritual, sino que implica también un movimiento ascendente y trascendental, puesto que regresamos al corazón para descubrir a Dios y su amor en él, para posteriormente dirigirnos hacia él. De manera explícita, san Juan Eudes hace referencia al corazón del hombre al que hay que volver, pero también menciona el Corazón de Jesús, al que se debe regresar. El encuentro en intimidad con Dios nos orienta hacia el amor de Cristo. Y todo ello tiene como condición previa la conversión, dejar las cosas exteriores y volver a nosotros mismos.

Pero no son solo las llagas del cuerpo de Cristo —y las del Corazón de Jesús— las que nos invitan al encuentro amoroso con Dios. Para san Juan Eudes, así como para san Agustín, toda la creación, con su belleza y armonía se dirigen al ser humano, y le invitan a que ame a Dios. Nos encontramos ante una cita explícita de san Agustín mencionada en dos ocasiones por san Juan Eudes en el libro *El Divino corazón de Jesús*, tanto en el capítulo XIII, como en la segunda sección en la séptima meditación. Así, en el capítulo XIII, san Juan Eudes exclama maravillado ante el orden de la creación y cómo Dios conserva y sostiene todo lo creado:

Porque por nuestro amor creó, conserva y gobierna cuanto hay en el universo. Lo que hace decir a san Agustín estas hermosas palabras: *Caelumei terra, et omnia quae in eis strti, non cessant mihi dicere ut amem Deum meum*: “El cielo y la tierra, y cuanto hay en el cielo y en la tierra no dejan de decirme que ame a mi Dios”. (OC VIII, p. 278)

Un poco más adelante en la segunda sección, en la Séptima Meditación, regresa a la misma idea, señalando cómo las criaturas nos hablan del amor del Corazón de Cristo, y nos invitan a corresponder a dicho amor:

Todas las criaturas son otras tantas lenguas y voces que nos predicán sin cesar la caridad inefable de su benignísimo Corazón, y nos exhortan a adorar, amar y glorificar según nuestra capacidad a tan insigne bienhechor.

El cielo y la tierra, dice san Agustín, y todo cuanto encierran, no se cansan de gritarme que ame a Dios: *Caelum et terra et omnia quae in eis sunt, non cessant mihi dicere ut amem Deum meum*. (OC VIII, p. 348).

Se trata de una cita del libro X de las *Confesiones*, donde san Agustín, encendido en el amor de Dios, escucha la voz de toda la creación que le invita a amar a Dios. San Agustín parte del hecho de que la creación, como explicará en los tres últimos libros de las *Confesiones*, es buena, y ha sido hecha por Dios a partir de la nada (Drever, 2013a, 2013b). Y esta creación lleva la huella de su autor y creador. Por eso la belleza, armonía y perfección de todas las cosas creadas son la voz que invita al hombre a elevar su corazón hacia Dios y a amarlo. De hecho, la cita agustiniana sería una larga paráfrasis del texto de Rm 1,20, que es citado explícitamente por san Agustín al final de la frase que estamos analizando. De alguna manera, Dios ha dejado una huella de su propio ser en la creación, y solo quien es necio y vive encerrado en su propio pensamiento, no puede percibir ni percatarse de la perfección de las criaturas, y de la invitación que estas le dirigen al ser humano para que ame a quien ha creado todas las perfecciones del universo. La cita agustiniana es la siguiente:

No con conciencia dudosa, sino cierta, yo te amo, Señor. Heriste mi corazón con tu palabra y te amé. Mas también el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos se contiene he aquí que me dicen de todas partes que te ame; ni cesan de decírselo a todos, a fin de *que sean inexcusables* (Rm 1,20)⁶.

Ciertamente esta frase agustiniana constituye lo que podríamos llamar, una declaración de amor de san Agustín a Dios, pues afirma que sin duda ninguna ama a Dios. San Juan Eudes invita al lector de su obra a apropiarse estas palabras de san Agustín, y a escuchar la invitación que toda la creación le dirige al ser humano, para que este eleve su propio corazón hacia Dios y le ame por la perfección de la creación.

6 “Non dubia, sed certa conscientia, Domine, amo te. Percussisti cor meum verbo tuo, et amavi te. Sed et caelum et terra et omnia, quae in eis sunt, ecce undique mihi dicunt, ut te amem, nec cessant dicere omnibus, ut sint inexcusabiles” (*Confesiones* 10, 8. CCL 27, 158/1-4)



De hecho, el mismo san Juan Eudes en su libro *Del Divino corazón de Jesús* pone en labios del Corazón de Jesús una manifestación clara de su amor hacia él, pues simplemente le dice: “Te amo”. Así como san Agustín le había dicho a Dios que lo amaba, ahora es Dios quien le dice a san Juan Eudes que lo ama, y esta afirmación del Corazón de Jesús no puede hacer, sino que el mismo santo se estremezca de amor. Así lo dice en el capítulo XIII del libro *Del Divino Corazón de Jesús*:

Yo te amo. Yo que soy el creador de todo, yo que gobierno el universo entero; yo que poseo todos los tesoros del cielo y de la tierra, yo que hago cuanto quiero, a cuya voluntad nadie puede resistirse, yo te digo: te amo. ¡Oh, Salvador mío, qué gloriosa es esta palabra para mí! (OC VIII, p. 276).

Tarde te ame

Una de las jaculatorias que nos ofrece san Juan Eudes dentro de la sección segunda, en la cuarta meditación, dentro del segundo punto, no es sino una frase de san Agustín, aunque en el texto no se haga ninguna referencia al Obispo de Hipona. La frase es: “¡Tarde te amé, oh bondad tan antigua y tan nueva, tarde te amé!” (OC VIII, p. 342).

Se trata de una de las frases más conocidas del libro X de las *Confesiones*, donde san Agustín después de conocer la profundidad, la fuerza y la dulzura del amor de Dios, se arrepiente de no haberlo amado antes, ya que hubiera encontrado con antelación el amor que estaba buscando y el camino que conduce hacia la verdadera felicidad. Por eso la frase agustiniana que resuena dentro del libro de san Juan Eudes es un grito de amor nostálgico, que conoce la intensidad y la felicidad que se halla en el amor de Cristo, y por ello, san Agustín se reprocha a sí mismo el tiempo perdido en sus caminos extraviados, amando las cosas del mundo y olvidando al amor de su vida, que es el mismo Cristo. San Juan Eudes hace suyas las palabras de san Agustín para expresar el deseo profundo que lo mueve, como era el deseo vehemente que movía el corazón de san Agustín.

De hecho, la frase completa de san Agustín es de nuevo una invitación a regresar al corazón, a la interioridad, ya que el mismo san Agustín recuerda que él buscaba a Dios fuera, mientras Dios estaba dentro. Pone también de manifiesto la fuerza del amor de Dios que es el que llama a san Agustín a que deje las criaturas y que se convierta, para que alcance, en el amor a Cristo, su verdadera felicidad. El texto completo en las *Confesiones* es el siguiente:

¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé! [*sero te amavi*]. Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te andaba buscando; y deforme como era, me lanzaba sobre las bellezas de tus criaturas. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me retenían alejado de ti aquellas realidades que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia y respiré, y ya suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz.⁷

7 “Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova, sero te amavi! Et ecce intus eras et ego foris et ibi te quaerebam et in ista formosa, quae fecisti, deformis irrueram. Mecum eras, et tecum non eram.



De hecho, san Juan Eudes un poco más adelante en su obra *El Divino corazón de Jesús* vuelve a hacer alusión indirecta a esta misma frase de san Agustín, comentado que, si él hubiera existido desde toda la eternidad, ya en ella hubiera podido comenzar a amar a Dios. No obstante, consciente de que es un ser finito, se propone por lo menos amar a Dios ahora desde su propia situación, siendo a la vez consciente de la desproporción de su propio amor en comparación con el amor de Dios:

¡Oh, eternidad! ¡Oh, eternidad de amor! ¡Oh, amor eterno! Si yo hubiera existido desde toda la eternidad, desde entonces hubiera debido amarte; no sé, empero, si aun ahora he principiado a amarte en debida forma. Al menos que comience a hacerlo desde ahora, ¡oh salvador mío! Y que principie a hacerlo como tú me lo pides. (OC VIII, p. 341)

El Corazón de Jesús como un horno ardiente

Son muchos los lugares de la obra de san Juan Eudes donde aparece la imagen del horno ardiente para hablar del Corazón de Jesús. Se trata de un horno que, como señala el mismo san Juan Eudes, purifica como un crisol, enciende, ilumina, transforma y deifica:

El amabilísimo Corazón de Jesús es hoguera de amor ardentísimo hacia nosotros: hoguera de amor que purifica, de amor que ilumina, de amor que santifica, de amor que transforma y de amor que deifica. De amor que purifica, porque es un horno en el que los corazones de los santos se purificaron más que el oro en el crisol ardiente (OC VIII, p. 350).

Se trata, curiosamente, de una imagen usada también por san Agustín, para hablar de la acción purificadora de los acontecimientos de la vida de todo ser humano, una metáfora donde Dios es el orfebre, y el creyente es el oro que debe ser purificado y debe pasar por el crisol. Así lo comenta san Agustín en *Comentarios a los salmos*:

El horno son estas realidades de ahora: en él hay paja, está el oro, el fuego, y lo trabaja el orfebre; en el horno se quema la paja y se purifica el oro; aquélla se convierte en ceniza, éste queda libre de la escoria. El horno es el mundo, la paja los malvados, el oro son los justos, el fuego las tribulaciones, y el orfebre es Dios.⁸

También para san Agustín, Dios es un fuego voraz que destruye los pecados de los seres humanos, y a la vez los hace arder en el amor a su propia persona.

Ea me tenebant longe a te, quae si in te non essent, non essent. Vocasti et clamasti et rupisti surditatem meam, coruscasti, splenduisti et fugasti caecitatem meam; fragrasti, et duxi spiritum et anhele tibi, gustavi, et esurio et sitio, tetigisti me, et exarsi in pacem tuam" (*Confesiones* 10,38. CCL 27, 175/1-8).

8 "Fornax ista; ibi palea, ibi aurum, ibi ignis, ad hanc flat aurifex: in fornace ardet palea, et purgatur aurum; illa in cinerem vertitur, a sordibus illud exuitur. Fornax mundus, palea iniqui, aurum iusti, ignis tribulatio, aurifex Deus" (*Enarrationes in Psalmos* 61,11. CCL 39, 782/25-29).



Así lo señala al comentar el texto del Deuteronomio: *Deus est ignis edax* (Dt 4,24) en la *Réplica a Adimanto*. Dios es un fuego devorador, que tiene, como señalaba san Juan Eudes, el poder de purificar y destruir los pecados y a la vez el poder de hacer al creyente arder en el amor de Dios. Así lo comenta san Agustín:

Él es el fuego devorador. El amor divino consume la vida antigua y renueva al hombre de forma que Dios, en cuanto fuego devorador, hace que le amemos, y en cuanto celoso nos ama él. No temáis, pues, el fuego que es Dios; temed más bien el fuego que él ha preparado para los herejes.⁹

Así, el fuego del amor de Dios tiene el efecto de destruir la vida antigua para hacer que el hombre arda en el amor de Dios. También a este doble efecto se refiere san Juan Eudes en el capítulo XX del libro *Del Divino Corazón de Jesús*, al señalar que el fuego del amor del Corazón de Jesús debe quemar todo lo que es contrario a las virtudes que conducen al reino de los cielos, y a la vez debe encender los corazones en el amor de Dios. Así lo señala san Juan Eudes: “¡Oh Corazón, hoguera ardiente de caridad, destruye y consume en nosotros todo lo que se opone a esta divina virtud, y haz que reine en los corazones de los hijos de Dios!” (OC VIII, p. 306).

Por otro lado, los efectos que había señalado san Juan Eudes que tiene este fuego del amor del Corazón de Jesús (purificar, iluminar, santificar, deificar), los podemos ver en otro texto donde el Obispo de Hipona nos habla de los efectos del Espíritu Santo en el corazón del creyente. Entre ambos textos, se observa un interesante paralelismo, ya que san Agustín destaca una serie de efectos espirituales que el Espíritu obra en el corazón del creyente para elevarlo hacia Dios. Así lo señala san Agustín, en sus *Sermones*, al referirse al Espíritu Santo, que es la comunión de amor entre el Padre y el Hijo:

Para que nadie pensase que era de cosecha propia el amar a Dios, añadió de inmediato: *Por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado*. Así, pues, para amar a Dios, que Dios habite en ti y que se ame a sí mismo desde ti; es decir, que él te impulse, te encienda, le ilumine, te eleve a su amor.¹⁰

El amor de Dios derramado en nuestros corazones nos impulsa y mueve a amar a Dios, nos enciende en el fuego del amor de Dios, nos ilumina para poder ver las cosas como Dios las ve, y finalmente este fuego nos eleva al encuentro amoroso con Dios.

9 “Ipse est ignis edax: consumit enim veterem vitam divinus amor, et innovat hominem: ut ex eo quod Deus ignis est edax, faciat ut eum nos amemus; ex eo autem quod Deus zelans est, ipse nos amet. Nolite ergo timere ignem, quod est Deus: sed timete ignem, quem paravit haereticis Deus” (*Contra Adimantum* 13,3. CSEL 25,1, 146/22-27).

10 “Ne putaret quisque a se sibi esse quod diligit Deum, continuo addidit: per Spiritum Sanctum qui datus est nobis. Ut ergo ames Deum, habitet in te Deus, et amet se de te; id est, ad amorem suum moveat te, accendat te, illuminet te, excitet te” (*Sermones* 128,4. PL 38, 715/23-28).



Continuando con esta metáfora, san Juan Eudes habla del Corazón de Jesús como un horno de fuego ardiente que esparce sus llamas no solo en la tierra, sino también en el cielo y hasta en los abismos. Un fuego que envuelve todo el universo, de forma que es el amor del Corazón de Jesús el que llena el universo, casi parafraseando lo que afirma Dante en la *Divina Comedia*, se trata de “l’amor che muove il sole e l’altre stelle”. San Juan Eudes lo comenta de la siguiente manera:

Este adorable Corazón es hoguera ardiente de amor divino, que esparce sus fuegos y llamas por doquier [...]: en la Iglesia triunfante en el cielo, en la militante en la tierra, en la purgante en el purgatorio y hasta en cierta manera en los infiernos. (OC VIII, p. 241)

San Agustín, en las *Confesiones*, nos ofrece una imagen semejante, ya que para él todos los santos que viven todavía sobre la tierra son fuegos ardientes del amor de Dios, son lámparas encendidas en este amor que están llamados a iluminar el mundo y a extender el incendio del amor del Corazón de Jesús. San Agustín inserta sus palabras dentro del comentario al libro del Génesis en el momento de la creación de las luminarias del cielo. Para comentar el texto, san Agustín utiliza la perícopa del libro de los Hechos de los Apóstoles donde se nos narran los acontecimientos de Pentecostés, particularmente el detalle de las lenguas de fuego que se posaron sobre cada uno de los discípulos de Jesús (Hch 2,3). De este modo, el fuego que enciende a los santos no es otro que el fuego del Espíritu Santo, es decir, el fuego del amor de Dios (Bentivegna, 1995; Eguiarte Bendímez, 2016). Por ello, este texto es paralelo al de san Juan Eudes. Los santos sobre la tierra han recibido el fuego del amor de Dios, y pueden comunicar dicho incendio de amor a todos los hombres. Así lo comenta el Doctor de Hipona en el libro XIII de las *Confesiones*:

Ved aquí como si Dios dijera: *Háganse lumbreras en el firmamento del cielo, y al punto se oyó un sonido del cielo, como si sonara un viento vehemente, y fueron vistas lenguas divididas como de fuego, el cual se puso sobre cada uno de ellos, y fueron hechas las lumbreras en el firmamento del cielo, teniendo palabras de vida. Discurrid por todas partes, fuegos santos, fuegos hermosos. Vosotros sois la luz del mundo, y no estáis debajo del celemin. Ha sido exaltado Aquel a quien os juntasteis, y os exaltará a vosotros. Discurrid y dadle a conocer a todas las gentes.*¹¹

Y el fuego del amor del Corazón de Jesús nos introduce en el misterio de la Santísima Trinidad, que es esencialmente un misterio de amor. Por ello, esto no pasa desapercibido para san Juan Eudes, quien, siguiendo con su imagen de Corazón de Jesús como una hoguera, destaca el amor

11 “Ecce enim tamquam Deo dicente: Fiant luminaria in firmamento caeli, factus est subito de caelo sonus, quasi ferretur flatus vehemens, et visae sunt linguae divisae quasi ignis, qui et insedit super unumquemque illorum, et facta sunt luminaria in firmamento caeli verbum vitae habentia. Ubique discurrere, ignes sancti, ignes decori. Vos enim estis lumen mundi nec estis sub modio. Exaltatus est, cui adhaesistis, et exaltavit vos. Discurrite et innotescite omnibus gentibus” (*Confesiones* 13,25. CCL 27, 256/32-39).



trinitario donde el ser humano es invitado a participar y a arder en el amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Así lo señala san Juan Eudes:

De ahí que adorar al Corazón de Jesús, sea adorar al Corazón del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; es adorar a un Corazón que es hoguera de amor ardentísimo a nosotros. Es preciso ahora que nos sumerjamos en esta hoguera, a fin de arder en ella eternamente. (OC VIII, p. 263)

Del mismo modo, para san Agustín, participar en el amor del Corazón de Jesús no es otra cosa que participar en el misterio del amor intratrinitario, y arder en el amor de las tres divinas personas. Esto lo deduce poniendo en relación dos textos bíblicos, el de la primera carta de san Juan, donde el apóstol afirma que Dios es amor (1Jn 4,8), y el de la carta a los Romanos, donde san Pablo nos recuerda que el Espíritu Santo ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rm 5,5). Así lo expresa de manera sencilla y sucinta el doctor de Hipona en su texto *Sobre la Trinidad*:

En consecuencia, si *Dios es amor*, como la Escritura Sagrada lo proclama, y el amor viene de Dios y actúa en nosotros para que Dios permanezca dentro de nosotros y nosotros en El, y esto lo sabemos porque nos dio de su Espíritu, entonces este mismo Espíritu es el Dios amor.¹²

Cabe señalar que el mismo san Juan Eudes, desde el capítulo primero del libro *Del Divino Corazón de Jesús*, expresa el deseo de que sus lectores ardan en el fuego del amor de la hoguera que es el corazón de Jesús. De alguna manera, el santo desea que sus palabras puedan transmitir el fuego que hay en su propio corazón para que los lectores de su obra, abandonando la indiferencia y la frialdad, se dejen abrasar por el amor del Corazón de Jesús. De este modo, el libro no sería sino un combustible que, o bien alimentaría el fuego que ya arde, o bien sería precisamente el incendio que haría arder los corazones que estaban apagados. Así lo expresa san Juan Eudes:

Oh, mi Señor Jesús, borra en mí todas mis iniquidades, a fin de que merezca entrar en el Santo de los santos, con espíritu puro, con pensamientos santos, y con palabras inflamadas en el fuego del cielo que trajiste a la tierra; que ese fuego inflame los corazones de los lectores (OC VIII, pp. 207-208).

San Agustín, por su parte, expresa unas palabras muy semejantes en el prólogo a su famoso Comentario a la primera carta del apóstol san Juan. En este texto, san Agustín apunta su deseo de que sus palabras sean, o bien el combustible que haga que los corazones que ya arden en el amor de Dios ardan más, o bien un impulso para los corazones que ya se empiezan a apagar en el amor de Dios, o que, finalmente, sus palabras sean como un detonante que haga arder a quienes son indiferentes y fríos ante el amor de Dios. Así lo señala san Agustín en su *Comentario a la carta de Juan*:

12 "Quapropter si sancta Scriptura proclamat: Deus caritas est; illaque ex Deo est, et in nobis id agit ut in Deo maneamus, et ipse in nobis, et hoc inde cognoscimus, quia de Spiritu suo dedit nobis, ipse Spiritus est Deus caritas" (*De Trinitate* 15,19,37. CCL 50A, 513/133-136).

Quien tiene en sí la capacidad de oír, necesariamente se llenará de gozo ante lo que oiga. Así la lectura de esta carta será para él como aceite derramado sobre una llama. Si ya existe la llama que admite ser nutrida, se nutre efectivamente y se agranda y perdura. Para algunos otros, por el contrario, debe ser como fuego que se aplica a una materia inflamable, de modo que, si no ardía antes, se encenderá al acercársele las palabras [del apóstol Juan]. En algunos se nutre la llama, si ya existe; en otros se enciende, si aún no existe. El resultado final será que todos hallemos el gozo en la única caridad.

Una cita apócrifa

Como hemos señalado anteriormente, en el capítulo VIII del libro *Del Divino Corazón de Jesús*, san Juan Eudes nos ofrece un interesante ejemplo de una cita apócrifa de san Agustín, al hablar de que el amor del Corazón de Jesús llena todo el universo, e incluso el infierno y el purgatorio. Y al hablar precisamente del purgatorio es cuando incluye esta alusión pseudoagustiniana, para decir: “San Agustín exclama: ‘más grave es ese fuego que cuanto puede un hombre padecer en esta vida’ (Sermón 4, de difuntos)” (OC VIII, p. 243).

Cabe afirmar, de entrada, que es posible que el mismo san Juan Eudes dudara de la autenticidad de la cita que hemos presentado anteriormente, ya que es la única cita agustiniana del libro de la que se nos proporciona la referencia. En cuanto a la cita en sí misma, es preciso señalar que san Agustín dentro de sus obras sí habla del purgatorio¹³. Por ejemplo, en *La ciudad de Dios*, libro XXI, capítulo XIII, se refiere a este como un estadio de purificación que tendrá su terminación en el juicio final. Así, san Agustín distingue entre el fuego eterno del infierno y el fuego purificador del purgatorio. En el *Comentario al Génesis en réplica a los maniqueos*, libro II, capítulo XX, san Agustín afirma que hay un fuego purificador y una pena eterna¹⁴. De igual manera, en la “Exposición del Salmo 37”, señala que el salmista pide a Dios ser purificado en esta vida y no después de ella, con el fuego purificador del purgatorio (véase *Comentarios a los salmos*, 37,3)¹⁵. Ciertamente la creencia de san Agustín en el purgatorio, junto con toda la tradición de la Iglesia se acentúa particularmente por la inveterada costumbre de ofrecer limosnas y la misma celebración de la eucaristía por los difuntos¹⁶, como pone de manifiesto el Doctor de Hipona en *La piedad con los difuntos*, al interpretar entre otras cosas un texto del segundo libro de Macabeos (2M 12,46)¹⁷.

San Agustín admite que habrá una purificación, pero no excluye que dicha purificación se pueda llevar a cabo tanto en esta vida, como en la futura, en ambas, o solo en una de ellas. Por ello, no se podría comparar las

13 Al respecto, véase Moriones (2004, pp. 631 ss.)

14 “... uel ignem purgationis uel poenam aeternam” (*De Genesi contra Manichaeos* 2,20,30).

15 “... emendatio igne non opus sit” (*Enarrationes in Psalmos* 37,3. CCL 36, 383/12).

16 Véase *De cura pro mortuis gerenda* 1,3; *Sermones* 172,2; *Enchiridion* 110.

17 Véase *De cura pro mortuis* 4,6.



penas de esta vida con las penas de después de la muerte como hace la cita pseudoagustiniana. En *La ciudad de Dios*, san Agustín afirma que se puede vivir la purificación, o bien en esta vida y después de ella, o bien solo en esta vida o solo después de ella:

Después de la muerte de este cuerpo, hasta la venida de aquel día final de premio y de condenación, que tendrá lugar después de la resurrección de los cuerpos, las almas de los difuntos durante este intervalo, según el parecer de algunos, sufren esta clase de fuego no sufrida por los que no tuvieron tal clase de conducta y de amores durante la vida de este cuerpo, de manera que se consuma su leña, su heno o su paja; los otros, sin embargo, sí lo sufrirán, puesto que llevan consigo edificaciones de esta materia mundana, aunque sean veniales, no dignas de condenación; sufrirán tal vez allá solamente, o quizá allá y acá, o acá sin tener que hacerlo allá; será un fuego abrasador, de sufrimiento pasajero. Pues bien, esta opinión no la quiero rechazar, porque quizá es verdadera¹⁸.

Por todo ello, podemos percatarnos de que no se trata de una obra auténtica de san Agustín, pues no está de acuerdo con el pensamiento común que podemos encontrar en otras obras de su autoría. Por otro lado, dichos sermones “de difuntos” no fueron recogidos en el *Indiculum* de san Posidio (véase Dolbeau, 2010; Mutzenbecher, 1987), un elenco de las obras de san Agustín que se encontraban en la biblioteca de Hipona, que se usa como un primer criterio para establecer la autenticidad de las obras de san Agustín. Aunque también es preciso señalar que alguna obra verdadera agustiniana no se encuentra en este *Indiculum*, aunque se trata de una excepción justificada¹⁹.

Conclusión

La teología del corazón es un elemento común tanto en el pensamiento de san Agustín como en el de san Juan Eudes. Hemos podido comprobar en las páginas anteriores la clara influencia de san Agustín en el pensamiento de san Juan Eudes sobre el Corazón de Jesús. Sin duda alguna, la obra más leída y citada de san Agustín son las *Confesiones*. Por ello, en la obra de san Juan Eudes nos encontramos citas explícitas e implícitas de san Agustín. Se trata de citas donde san Agustín manifiesta su propia experiencia de amor de Dios,

18 “Post istius sane corporis mortem, donec ad illum veniatur, qui post resurrectionem corporum futurus est damnationis et remunerationis ultimus dies, si hoc temporis intervallo spiritus defunctorum eiusmodi ignem dicuntur perpeti, quem non sentiant illi, qui non habuerunt tales mores et amores in huius corporis vita, ut eorum ligna et fenum et stipula consumatur; alii vero sentiant, qui eiusmodi secum aedificia portaverunt, sive ibi tantum sive et hic et ibi sive ideo hic ut non ibi saecularia, quamvis a damnatione venialia, concremantem ignem transitoriae tribulationis invenient; non redarguo, quia forsitan verum est” (*De Civitate Dei* 21,26,4. CCL 48, 798/103-799/113).

19 Como es el caso de la Regla de san Agustín, que no fue incluida en el *Indiculus*, pues san Agustín no la consideraba una obra teológica, sino simplemente un *libellus*, es decir, un volumen para el uso doméstico y familiar.

en las que san Juan Eudes ve reflejada su propia experiencia de amor por el Corazón de Jesús. San Juan Eudes encontró en las palabras de san Agustín la fuerza y la fogosidad para expresar lo inexpresable, para manifestar la fuerza vehemente que movía su corazón para orientarlo hacia Dios. Su propia experiencia espiritual del amor del Corazón de Jesús lo llevó a identificarse con la experiencia espiritual de san Agustín, para el cual el amor de Dios era el peso de su vida, y cuyo corazón inquieto ardía en llamas amorosas por el mismo Cristo.

Es asimismo llamativo el hecho de que, además de las citas explícitas e implícitas de san Agustín en la obra de san Juan Eudes, ambos santos tengan textos sumamente parecidos y cercanos. La explicación para ello está, por una parte, en el influjo claro de las *Confesiones* de san Agustín sobre san Juan Eudes, pero, por otra parte, en la vehemente experiencia de Dios que los llena. Se trata, en ambos santos, de una experiencia que mueve los fundamentos más íntimos de su ser y que, inexorablemente, los empuja hacia el amor de Cristo. El fuego que inunda sus corazones es el mismo, es el fuego del amor de Dios, un fuego que san Agustín explicaba con la frase del Deuteronomio, donde Dios es presentado como *ignis edax*. Paralelamente, para san Juan Eudes, el amor del Corazón de Jesús es el fuego que sale de una hoguera abrasadora, que tiene el poder de destruir el pecado del ser humano y, al mismo tiempo, de encenderlo en el amor de Cristo. Dos efectos que también apunta san Agustín.

Asimismo, es interesante constatar cómo el amor del Corazón de Jesús tiene en los dos santos una idéntica prueba, que no es otra que la cruz. Para ambos, la cruz de Cristo es la demostración máxima del amor del Corazón de Jesús por los hombres. Los dolores indecibles de su pasión no son sino manifestaciones de amor, que deben mover a todos los hombres a la conversión y a desear corresponder con su propio amor y su propia vida a quien los ha amado de forma tan descomunal, hasta el punto de morir por ellos. Ante esta prueba de amor, ambos, san Juan Eudes y san Agustín, no pueden sino confesar su propio amor y manifestar su propio deseo de corresponder a dicho amor con el ardiente amor de su propio corazón humano.

Y ya que el amor del Corazón de Cristo es una realidad que supera toda medida y medida, ambos santos sienten la urgencia de amar sin límites y sin medida a quien los ha amado de manera gratuita e infinita.

Finalmente, la experiencia de san Juan Eudes y san Agustín nos lleva a percibir una rica teología del corazón y del amor, no solo como líneas teóricas, sino como líneas de vida espiritual; como una invitación a la conversión y a la consideración de los misterios de Dios y de Cristo, así como de su influjo en la vida de cada creyente.

Referencias

Agustín. (2017). *Obras completas II: Las Confesiones [Confessionum]* (ed. bilingüe). Biblioteca de Autores Cristianos.



- Agustín. (1986.). Réplica a Adimanto [*Contra Adimantum*]. En *Obras completas de San Agustín XXX. Escritos antimaniqueos* (ed. bilingüe). Biblioteca de Autores Cristianos.
- Agustín. (2009). Sobre el alma y su origen [*De anima et eius origine*]. En *Obras completas III. Escritos Filosóficos*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Agustín. (2019). *Obras completas XVI. La Ciudad de Dios (1.º)* [*De civitate Dei*] (ed. bilingüe). Biblioteca de Autores Cristianos.
- Agustín. (2019). *Obras completas XVII. La Ciudad de Dios (2.º)* [*De civitate Dei*] (ed. bilingüe). Biblioteca de Autores Cristianos.
- Agustín. (1995). La piedad con los difuntos [*De cura pro mortuis gerenda*]. En *Obras completas XL. Escritos varios*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Agustín. (1982). Comentario al Génesis en réplica a los maniqueos [*De Genesis aduersus Manicheos*]. En *Obras completas XV* (ed. bilingüe). Biblioteca de Autores Cristianos.
- Agustín. (2006). *Obras completas XV. Escritos apologéticos (2.º): La Trinidad* [*De Trinitate*] (ed. bilingüe). Biblioteca de Autores Cristianos .
- Agustín. (2015). *Obras completas XX. Escritos homiléticos: Comentarios a los salmos* [*Enarrationes in Psalmos*] (1.º) (ed. bilingüe). Biblioteca de Autores Cristianos.
- Agustín. (2015). *Obras completas XI. Escritos homiléticos: Comentarios a los salmos* [*Enarrationes in Psalmos*] (2.º) (ed. bilingüe). Biblioteca de Autores Cristianos.
- Agustín. (2009). Manual de fe, esperanza y caridad [*Enchiridion*]. En *Obras completas IV. Escritos apologéticos* (ed. bilingüe). Biblioteca de Autores Cristianos.
- Agustín. (1987). *Epistolae (ep. Cartas)*. En *Obras completas XIa. Cartas (2.º)* (ed. bilingüe). Biblioteca de Autores Cristianos.
- Agustín. (2003). Tratados sobre la Primera Carta de San Juan [*In epistulam Iohannis ad Parthos*]. En *Obras completas XVIII. Escritos bíblicos (2.º)* (ed. bilingüe). Biblioteca de Autores Cristianos.
- Agustín. (2005). *Obras completas XIII. Escritos homiléticos: Tratados sobre el Evangelio de San Juan (1-35)* [*Iohannis euangelium tractatus*] (ed. bilingüe). Biblioteca de Autores Cristianos.
- Agustín. (1995-2019). *Obras completas XXIII. Sermones (117-183): Sobre el Evangelio de San Juan, Hechos y Cartas de los Apóstoles* (ed. bilingüe). Biblioteca de Autores Cristianos.
- Bentivegna, G. (1995). *Effusione dello Spirito Santo e doni carismatici. La testimonianza di Sant'Agostino*. RnS.

- Caruso, G. (2021). Agustín y la Biblia de los LXX en las *Enarrationes in Psalmos*. *Augustinus*, 66 (260-261), 7-20. <https://doi.org/10.5840/augustinus202166260/2612>
- Dolbeau, F. (2010). "Indiculum, -us. En C. Mayer, *Augustinus Lexikon* (vol. 3). Schwabe.
- Drever, M. (2013a). *Image, Identity, and the Forming of the Augustinian Soul*. Oxford University Press.
- Drever, M. (2013b). Redeeming Creation: *Creatio ex nihilo* and the *imaago dei* in Augustine. *International Journal of Systematic Theology*, 15(2), 135-153.
- Drobner, H. (2015). Hubertus R. Drobner, newly identified augustinian and pseudo-augustinian texts in manuscripts of Bodleian Library, Oxford. *Augustinianum* 55(2), 513-542.
- Drobner, H. (2002). Studying Augustine: an overview on recent research. En R. Dodaro y G. Lawless, *Augustine and his Critics: essays in honour of Gerald Bonner*. Routledge.
- Eguiarte Bendímez, E. A. (2016). El Espíritu Santo, "Vida de nuestra vida" en San Agustín. *Revista Agustiniiana*, 57, 172-173.
- Eliot, T. S. (2001). *The waste Land*. Penguin.
- Eudes, J. (1908). *Ouvres complètes du vénérable Jean Eudes VIII*. Lafolye Frères. <http://archive.org/details/uvrescompltesd08eude>
- Kenney, J. P. (2005). *The Mysticism of Augustine. Rereading the Confessions*. Routledge.
- Lescrauwaet, J. (2004). "Redite ad cor" - "Keer terug tot uw hart". 1650 jaar na de geboorte van Augustinus. *Communio. Internationaal Katholiek Tijdschrift*, 19.
- Moriones, F. (2004) *Teología de san Agustín*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Mutzenbecher, A. (1987). Bemerkungen zum *Indiculum* de Possidius. Eine Rezension. *Revue des Études Augustiniennes*, 33, 128-131.